

Nuestros viejos

■ En las culturas de los antiguos pueblos africanos, cuyo valor los occidentales aún no sabemos desentrañar, se asigna a los ancianos el papel de archivos vivientes. Son ellos los que guardan la memoria de la tribu, mantienen la tradición y relatan a los más jóvenes los hechos de los antepasados. Es una forma viva y dinámica de unir los tiempos pretéritos con los actuales.

Cuando Alex Haley, el extraordinario escritor negro norteamericano, quiso trazar la historia de su familia, sus pesquisas terminaron llevándolo a un apartado paraje de Africa donde, con emoción, oyó relatos que antes había escuchado a su abuela y que él creía fruto de la imaginación. El relato oral resultó más rico y profundo que el que podría haber encontrado escrito por un historiador, pues éste necesariamente debe sintetizar, conceptualizar, mientras que el testigo anecdótico y traspasa la fría generalidad del historiador para exhibir un cuadro vital fácilmente reconocible a la luz de las experiencias actuales. En otras palabras, esos ancianos africanos son los depositarios de la tradición.

Cada vez que a García Márquez se le ha interrogado sobre el proceso creativo que lo llevó a escribir esa obra cumbre de la literatura contemporánea que es "Cien años de soledad", recuerda que ninguna de las anécdotas que entrecruzan la novela nacieron de su imaginación, sino que él recogió los innumerables cuentos que su abuela le contaba cuando era niño.

Ante estos ejemplos, uno se pregunta qué hacemos nosotros con nuestros viejos. Son ellos depositarios de historias e historietas que poblaron sus vidas y la de sus contemporáneos que nadie parece interesarse en conocer. Y, sin embargo, en ellas debe estar más de una clave descriptora de nuestro carácter nacional, del curso que ha llevado la historia contemporánea de este país y de los elementos que constituyen nuestra cultura usando el término en su sentido antropológico.

La ancianidad pone al hombre más allá del bien y del mal, desprovisto de las pasiones que suelen alimentar la sangre joven, son los testigos más abonados de un pasado inmediato que, por su proximidad, siempre resulta el más distorsionado.

Yo recuerdo que, a principios de la década del 60, "El Mercurio" publicó una serie de entrevistas a los viejos de esa época. Sus recuerdos, sus anécdotas, su vislón del mundo que habían vivido y que ya se esfumaba, fueron enriquecedores para las generaciones que los seguían, pues se captó un sentido de continuidad, de no ser navegantes solitarios, sino de estar inmersos en una corriente en que bogaron los que lo antecedieron y seguirían bogando los que vendrían después, aportando cada uno lo que su época le permitía. El testimonio de esos hombres y mujeres ya ancianos nos devolvía así una visión de la historia en la que éramos protagonistas, a diferencia de esa historia congelada que, las más de las veces, nos resulta ajena.

¿Por qué no repetir hoy la experiencia? ¿No sería emocionante y cautivante ver ante las cámaras de televisión a nuestros viejos contarnos sus recuerdos, sus experiencias, recordarnos lo que fue el país en sus años mozos, el ámbito en que se movían, los ideales que los impulsaban?

Creo que estamos desperdiciando el gran tesoro que guardan nuestros viejos. O prescindimos de ellos, arrinconándolos en su soledad o permitimos que, negándose a envejecer, pretendan tener papeles que corresponden a hombres en la plenitud de sus vidas.

Con modestia, debiéramos volver los ojos a esas culturas africanas en que el anciano es el portador de la tradición oral de un pueblo. Al hacerlo, sentiríamos que la tradición está viva, que somos plantas con raíces, que formamos parte de una tribu y que ese término no es peyorativo.

PARTIQUINO